



De la precariedad a la intemperie, el refugio como ficción

Mijo Miquel Bartual¹

Recibido: 1 de junio de 2020 / Aceptado: 7 de septiembre de 2020

Resumen. En este artículo, abordamos la progresiva precarización e incertidumbre tanto conceptual como material en la que nos encontramos, analizando el movimiento reflejo por el que buscamos refugio, intentando generar seguridad en lo que solo puede aportar sacrificio. Con la irrupción de la crisis sanitaria, los parámetros biopolíticos y las prioridades políticas han evidenciado que este movimiento no puede ser más que de retroceso si no parte de la aceptación previa de nuestro destino común en el planeta. Proponemos una modificación del concepto de progreso que pueda albergar otros futuros posibles, subvirtiendo el significado que la modernidad le había otorgado y abriéndolo a la posibilidad de un progreso hacia el fin.

Palabras clave: Precarización; refugio; crisis sanitaria; catástrofe climática; nuevos relatos.

[en] From precariousness to outdoors, refuge as fiction

Abstract. In this paper, we address the progressive precarization and uncertainty, both conceptual and material, in which we find ourselves, analyzing the reflex movement by which we seek shelter, trying to generate security in what can only bring sacrifice. With the outbreak of the health crisis, biopolitical parameters and political priorities have shown that this movement can only be a step backwards, if it does not start from the prior acceptance of our common destiny on the planet. We propose a modification of the concept of progress that could accommodate other possible futures, subverting the meaning that modernity had given it and opening it up to the possibility of progress towards the end.

Keywords: Precarization; shelter; health crisis; climate change; new stories.

Cómo citar: Miquel Bartual, M. (2020) “De la precariedad a la intemperie, el refugio como ficción”, en *Escritura e Imagen* 16, 347-356.

¹ Universitat Politècnica de València
mamibar@esc.upv.es

En estos tiempos tan inciertos, en donde sentimos que las estructuras que consolidaban nuestras certezas se tambalean y en cuanto apenas se sostienen apuntaladas unas contra otras, resulta totalmente instintiva la búsqueda de un refugio donde, más que protegerse, se trataría de ocultar de la vista la inevitable sucesión de acontecimientos que nos esperan, esa proyección de expectativas que tejemos y ese destino que compartiremos. Metidos en nuestra caverna de ideas, intentamos mantenernos serenos ante la interrupción de nuestras inercias: precarizaciones familiares, sentimentales, laborales, se van sucediendo unas a otras, haciendo cada vez mayores los huecos entre redes, la probabilidad de la caída. Los mecanismos que antes nos protegían de esos accidentes se han ido haciendo transparentes y más que nunca estos días, se han virtualizado. El acompañamiento en la desgracia se ha desmaterializado.

En estas condiciones, la esperanza del refugio aparece como una posible salida, para algunos, no todos, pero salida al fin y al cabo. Ya en su etimología, el refugio se dibuja como una solución parcial, temporal, de retroceso más que de avanzadilla. La palabra refugio es un cultismo procedente del latín *refugium*, acción de huir hacia atrás y también lugar protegido al que uno se retira huyendo en retroceso, siendo utilizada alguna vez con valor de salida secreta. Este vocablo lleva un sufijo de nombres de efecto o resultado (-ium), y como el correspondiente verbo *refugêre*, se compone del prefijo re- (hacia atrás, de nuevo), y la raíz de *fugêre* (huir)². Por tanto, en vez de conquistar nuevos territorios, aplicando soluciones novedosas o por lo menos, emprender una entusiasta huida hacia delante que nos precipite de una vez por todas, miramos y nos cogemos de las manos, nos pegamos a las paredes de nuestro abrigo esperando mimetizarnos con el fondo mientras cerramos con fuerza los ojos. Esto que nos sucede, nos sucede a todos, esa es la excepcionalidad del momento.

Previamente a la irrupción de la pandemia provocada por la presencia del coronavirus en humanos, no se había producido una comprensión generalizada de hasta qué punto nos encontramos en un *estado de excepción ontológico*³. No es que no estuviéramos ya compartiendo un destino común sino que su realidad se mantenía oculta para muchos, el hecho de que verdaderamente lo que nos acontece será el final de la historia. Hace ya tiempo que el conocimiento de nuestro fin se ha convertido en un espacio de experiencia en el que no podemos distinguir geografía física de geografía humana porque lo terrestre se ha convertido en un nuevo actor político⁴, a la vez que no podemos diferenciar entre tiempo cosmológico profundo y tiempo antropológico, cuando el hombre se ha convertido en un actante fenomenológico a la altura de cualquier catástrofe natural. Estamos desubicados porque nuestras escalas han estallado y nuestra comprensión de la diferencia entre sujetos y objetos también.

Desde el punto de vista liminar, esta confluencia espacio-temporal hace que no tengamos refugio hacia donde huir ni hacia fuera ni hacia dentro, no hay universo que nos acoja ni tierra que nos sea leve, no hay futuro que prometa ni pasado que nos resguarde, vivimos en la intemperie. Como bien analiza Latour, en el conflicto entre lo Global y lo Local, hemos salido perdiendo todos. Lo Local se ha convertido en un refugio exclusivista, impregnado de nostalgia por un pasado que no existió, aunque

² Cfr. Moliner, M., *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1992.

³ Cfr. Danowski, D. y Viveiros de Castro, E., *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019

⁴ Cfr. Latour, B., *Où atterrir? Comment s'orienter en politique*, Paris, La Découverte, 2017.

resulte muy eficaz como palanca de movilización de afectos en el presente. Funciona como búnker espacio-temporal, solo acoge a aquellos que por nacimiento, poseen unos derechos sobre el territorio que niegan a otros mediante protocolos burocráticos varios como pueden ser las fronteras, teniendo como único argumento su persistencia en el habitar. Esta continuación generacional de formas sedentarias de vida legitima la adopción de medidas de choque que impiden la equidad y la redistribución: puesto que no hay para todos, por lo menos podrán beneficiarse aquellos que han demostrado como gran valor legitimador la presencia continua de sus gentes en determinados territorios. En cuanto a lo Global, se produce la misma inversión de signo, un concepto que enarbolado por la Modernidad, había servido para abrirse al mundo y a nuevas ideas, combatiendo el reduccionismo de aquellos que únicamente se interesan por lo suyo y desterrando servidumbres feudales e inquisitorias, ha acabado transformándose en la imposición homogénea de un pensamiento único. Solo que ese búnker es muy frágil y ese futuro modernizador, suicida.

Repetimos que esta anulación de superficies y horizontes no es nueva, ya se había impuesto antes de que la compartiéramos abiertamente tras la crisis sanitaria, crisis que ha evidenciado la inutilidad de líneas imaginarias como las fronteras cuando evaluamos las consecuencias de la presencia conquistadora y extractivista del ser humano sobre el planeta. Tras varios siglos de celebración narcisista de nuestro poder sobre la tierra, ese encumbrarse del sujeto varón occidental, autónomo y razonable, que es capaz de domeñar su propio ser para conquistar nada más y nada menos que el ilimitado universo, nos hemos encontrado enfrentados a la paradoja de un pensamiento economicista erigido en vara de medir, sin que por ello haya sido capaz de prever el agotamiento de los recursos y la finitud del planeta. Habría mucho que decir al respecto de esta ceguera estructural⁵ pero ha sido ya consumada. Hasta entonces, los climato-escépticos, los negacionistas y los ciudadanos de a pie no habían puesto en el centro ese riesgo inminente de colapso y las diferentes ciencias persistían en ignorar cuestiones tan evidentes como los límites de un planeta o el agenciamiento de las materias consideradas inertes⁶. ¿Cómo no iba responder la Tierra (para nada considerada antropomórficamente como un ser individualizado con conciencia, pero sí como un ente con determinada agencia) a la presión ejercida por millones de humanos incansablemente dedicados a cambiar la composición química de aire, tierras y mares? Evidencias más grandes hemos conseguido negar durante siglos, nuestra inteligencia no está orientada a la verdad, sino a la supervivencia inmediata. Por tanto, la situación medioambiental aún no se consideraba un riesgo compartido e ineludible, nuestra urgencia no iba más allá de cambiar pequeños gestos adaptados a nuestras pequeñas vidas como reciclar el plástico o directamente, dejar de utilizarlo en el caso de los radicales. Y cerrar los ojos para dormir bien.

Por supuesto, éramos conscientes de la progresiva precarización de nuestras vidas, del descontento político, de la mirada recelosa hacia el futuro, del malestar vital. No obstante, la acumulación de precariedades no bastaba para generar una diferencia. Si bien es verdad que el paradigma que organiza nuestra incertidumbre se había agudizado ya antes de que tuviéramos que enfrentarnos a este acontecimiento histórico inesperado que está siendo la pandemia, ello no bastó para que nos

⁵ Cfr. Fragio, A., *Estilos de razonamiento económico: una epistemología histórica de las ciencias económicas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana de México, 2020.

⁶ Cfr. Bennett, J., *Vibrant Matter : a Political Ecology of Things*, Durham, Duke University Press, 2010.

sintiéramos iguales, para que aceptáramos que nuestro destino sólo podía ser común. Nuestra precariedad se había ya transformado en intemperie, de la misma manera que nuestro planeta había alcanzado un punto crítico antes de que se hablara del incremento de la presión de los humanos sobre los hábitats de animales salvajes como causa probable del salto a humanos del coronavirus. En 2015, la Fundación Rockefeller emitió un informe en el que identificaba 8 factores de riesgo planetario⁷: el cambio climático, la acidificación de los océanos, la escasez de agua potable, los cambios en el uso de la tierra, el aumento de la contaminación por nitratos y fósforos, la exposición a tóxicos químicos peligrosos, la superpoblación, la urbanización del planeta. En estos años posteriores, han sobrepasado su punto crítico mayor número de indicadores pero ha sido necesaria una situación de emergencia planetaria que nos afecte directamente a la humanidad para alcanzar algún tipo de conciencia que nos exponga de forma conjunta a esta intemperie.

La intemperie es pues la imposibilidad de encontrar abrigo, oquedad o cubierta que nos ampare. Ni hacia adelante ni retrocediendo. Hasta hace bien poco, nuestro imaginario aún estaba instalado en la necropolítica⁸, ese dejar morir a una parte considerable de la población porque siempre que hay sacrificio, hay posibilidad de salvación. Aquellos que disfrutaban de la convicción de que ellos se iban a salvar, lo hacían armando la utopía tecnopolítica de que los buenos siempre salen adelante, *deux ex machina* mediante. Las grandes desaladoras accionadas por molinos eólicos que seccionan córvidos pero muelen fino, como las ruedas de nuestro Señor. Ahora somos todos vida nuda, osos polares sin hielos, abejas intoxicadas que seguimos acumulando polen antes de morir. No somos más que vida orgánica compleja al borde de la extinción.

De la intemperie de esta sociedad del riesgo nos hablaba hace tiempo Ulrick Beck⁹, aunque ahora la entendamos de una manera mucho más extensa de la que hubiéramos podido imaginar entonces. Si bien su tarea se centró en diferenciar dos modernidades cuando hubiera sido más cierto reconocer que nunca fuimos modernos¹⁰, no podemos más que darle la razón en muchas de las características que atribuyó a esta sociedad de la segunda modernidad que subvertía los valores de la sociedad industrial. El panorama que este autor acertó a dibujar podría resumirse diciendo que si bien los riesgos a los que se enfrenta nuestra sociedad causan daños sistémicos a menudo irreversibles, el hecho de que se ajusten a un proceso de desigualdad social permite que nos refugiamos en esta idea de salvación parcial que neutraliza el efecto de alarma que dicho daño podría haber motivado. A cambio, activa la lógica de incrementar lo que hasta entonces estaba funcionando, a pequeña escala: el riesgo genera oportunidades de mercado. A mayor riesgo, mayor mercado y por tanto, mayor espejismo a la hora de negar el elemento fundamental de ese riesgo, el hecho de que sea real y extensivo. Cuando en la actualidad Mariana Mazucatto¹¹ propone que el Estado sea el que adopte las características de lo privado, que sea

⁷ Cfr. Sarah Whitmee, S., et al., «Safeguarding Human Health in the Anthropocene Epoch: Report of The Rockefeller Foundation-Lancet Commission on Planetary Health», *Lancet* (London, England) 386, n.o 10007 (14 de noviembre de 2015): 1973-2028, [https://doi.org/10.1016/S0140-6736\(15\)60901-1](https://doi.org/10.1016/S0140-6736(15)60901-1). 8

⁸ Cfr. Mbembé, J.-A & Meintjes, L., «Necropolitics», *Public Culture*, Volumen 15 n.º 1, invierno 2003, pp. 11-40.

⁹ Cfr. Beck, U., *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998.

¹⁰ Cfr. Latour, B., *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Barcelona, Siglo XXI, 2007.

¹¹ Cfr. Mazzucato, M., *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, Madrid, RBA libros, 2019.

él quien aplique políticas radicales de innovación, aperturas a nuevos mercados, como garantía de igualdad, perpetúa una lógica que ya no lleva a ningún progreso; la posible bonanza económica redistribuida de manera más equitativa sigue declinando los mismos verbos de la misma manera y promueve la misma ceguera. La promesa de un *Green New Deal*¹² a escala internacional es mejor que nada pero sigue siendo una herramienta de consolación ante el naufragio más que un instrumento eficaz.

El largo proceso de individualización que esta lógica económica comporta ha ido desarticulando las formas de asociación tradicionales que permitían protegerse de muchos riesgos, almohadillando la caída y permitiendo que en esas horas bajas, los individuos pudieran acogerse a una tregua, defenderse de un asalto o luchar por una equidad cada vez más ausente en las estructuras de gobierno. Todo ello adobado con un desencantamiento generalizado sobre la política y las instituciones mecidas por la inercia general, vaciándose progresivamente de significado y función en alternancias absurdas, substituidas en la esperanza de justicia por los movimientos sociales que refuerzan la condición fantasmática de los Estados. De todo esto hemos comido hasta hartarnos, hemos estudiado, debatido y nutrido innumerables conferencias y congresos. Lo sabemos todo y no nos vale de nada. Entre tanto, hemos transitado del minijob al paro, del alquiler a la indigencia, del progreso a la desaparición, huérfanos de toda filosofía, viudos de la revolución. En esas condiciones hemos recibido el nuevo orden vírico generalizado, las nuevas normas de la futura normalidad. Cuando han saltado los límites y los referentes, cuando la verdad, la post-verdad y las *fake news* han compuesto una melaza en la que ya nos manejábamos difícilmente, la crisis sanitaria ha reventado cualquier previsión y hemos entrado en estado de shock.

Koselleck¹³ propuso dos términos para entender la historia que nos parecen muy interesantes para plantearnos el futuro que se abre ante nosotros tras la crisis del Covid-19. Este autor nos habla de la tensión entre el *espacio de la experiencia* y el *horizonte de expectativas* para entender la modernidad, relación tensionada donde la distancia que se produce entre ambos está provocada por la idea de progreso. Las ideas que movilizan la noción de progreso llevan a la percepción de que el futuro no es ya dependiente de un pasado porque su horizonte de expectativas no está contenido en el mismo. La utopía tecnoindustrial y la aceleración, con la incesante promoción de hitos históricos por los medios de comunicación que, como dijo Beck, determinan nuestra percepción de la realidad, hacen que todo sea superlativo y por tanto, indiferente. Pero con la crisis sanitaria, el principio de realidad se ha impuesto duramente y lo que antes tensionaba la idea de progreso, ahora lo hace la idea de desaparición. Carecemos de las herramientas que nos permitan imaginar un horizonte de expectativas conectado con el espacio de experiencia que estamos viviendo en la actualidad. Nuestro pasado no nos habla de nuestro futuro, no nos permite descifrar los signos que nos permitirían reaccionar al presente y nos dejan aún más a la intemperie, filosófica y materialmente.

En ese estado, nos hemos instalado en la paradoja de un régimen de excepción permanente, agudizado por la constatación de las nuevas coordenadas impuestas tras

¹² El *Green New Deal* es un conjunto de propuestas políticas para ayudar a abordar el calentamiento global y la crisis financiera. Se hace eco del New Deal, los programas sociales y económicos iniciados por el presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt a raíz del Crack del 29 y en el inicio de la Gran Depresión. New Economics Foundation, (21 julio 2008) <https://web.archive.org/web/20080912041752/http://www.neweconomics.org/gen/greennewdealneededforuk210708.aspx>

¹³ Cfr. Koselleck, R., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

la pandemia que ha precipitado todas las tendencias y nos ha obligado a repensar las relaciones de interdependencia. Nuestros hijos, nuestros amigos, nuestros mayores, han pasado a depender directamente de nosotras durante todas las horas del día, todos los días. ¿Cómo no nombrar la enorme crisis de cuidados que los medios callan, citando únicamente las consecuencias económicas? Ante todo, esta ha sido una crisis de cuidados y por eso hablamos del refugio como ficción, porque el hogar, esa gran ficción, solo se sostiene parcialmente a costa de que muchas personas renuncien a vivir sus propias vidas para cuidar las de los otros. Resulta curioso constatar que en inglés “confinamiento” se traduce por “refugio en el lugar”¹⁴, cuando hay tantos que no tienen lugar alguno o si lo tienen, se ha convertido en un espacio inhabitable. Los desmantelamientos progresivos de las redes de cuidado y solidaridad, desde el pequeño refugio del parentesco hasta el enorme edificio de la Sanidad han mostrado sus huecos, en algunos casos los abismos y, sin embargo, la gran maquinaria económica se ha activado para que volvamos cuanto antes a rendir tributo al capital, sin resolver los problemas de cuidados que si ya eran graves, ahora son insalvables. Menos mal que tienen el miedo de su parte, productor de adrenalina, derivando en cortisol, que nos pone rígidos, que nos hincha, que nos hacen mansos a fuerza de sustos, porque esta crisis la vamos a pagar entre todos, menos aquellos que puedan no pagarla.

Las condiciones en las que nos vamos a tener que enfrentar al futuro incrementan el grado de incertidumbre, vulnerabilidad e interdependencia, y sin embargo, impulsan el surgimiento de nacionalismos y autoritarismos como respuesta al miedo y a la escasez, pauta regresiva reincidente en las sociedades de los humanos. Olvidaremos probablemente distraídos por lo inmediato, que nuestra supervivencia en términos absolutos e individuales depende del cuidado del planeta y que este no puede limitarse a la gestión de sus territorios parcelados sino que debe pasar a ejercer una acción restauradora radical. No sólo no podemos seguir destruyendo sino que tenemos que dedicar esfuerzos y energía a su recuperación progresiva, a eliminar en la poca medida en que podamos, nuestras huellas. Esta humanidad tan pagada de sí misma que acaba su recorrido borrando su existencia... más de un Borges haría un gran relato con estas premisas.

No obstante, ante esta urgencia sanitaria, hemos respondido como lo habíamos hecho ante las declaraciones de estados de emergencia climática, sin ninguna medida ecológica asociada más allá de la creación de comisiones, la burocratización permanente de la vida como manera de reducir la velocidad de los acontecimientos, como si ralentizar los procesos contuviera sus consecuencias. El poder se beneficia de mantener las crisis permanentemente abiertas, evidenciando que el soberano no resuelve sino que neutraliza la posibilidad de resolver en la mayoría de los casos. Esta crisis, no obstante, se ha querido cerrar lo antes posible pero no por ello se han aplicado sistemas diferentes en su gestión. Las medidas tomadas por los diferentes países han puesto sobre la mesa la cuestión de la soberanía y de la biopolítica, de forma esencial. Como con el asunto de los cuidados, son ejes que superan con creces las intenciones de este artículo, pero no podemos dejar de reseñar algunas cuestiones para preguntarnos quién puede decretar la suspensión de la ley, quién declara y bajo qué condiciones un estado de excepción que le otorgue el poder sobre cuerpos y vidas. No sólo cómo se declara sino cómo se invierte, cómo se

¹⁴ <https://www.merriam-webster.com/dictionary/shelter#h2>

pueden recuperar derechos, eliminar trazabilidades y controles tecnológicos, qué supone la nueva normalidad respecto a estas cuestiones. Si algo hemos aprendido en estos siglos de gobiernos, es que el exceso de poder siempre se paga caro y el exceso de conocimiento sobre los demás también. En todo el planeta, las diferentes gradaciones de la gestión de la población, desde los extremos autoritarios asiáticos hasta los suicidas norteamericanos, pasando por los confiados suecos, se han ido declinando diferentes gamas de normativización asociadas a sus correspondientes penalizaciones y judicializaciones, más la suspensión de derechos varios. La acusación y el castigo se han infiltrado en calles y ventanas. La solidaridad también ha llamado a nuestras puertas, las articulaciones espontáneas de redes sobre redes o redes donde antes no había nada para proteger a algunos cuantos. Panoramas extraños y vueltas aún más inesperadas sin la apertura de un debate internacional sobre causas y responsabilidades, sin ese pensar juntos como principio de todo.

Por otra parte, la gestión de fronteras se ha convertido en el nuevo juguete en una especie de partida ampliada de Risk en la que los próceres prohíben o permiten entradas y salidas, organizan listas de países de primer o segundo orden, cambian condiciones, achacan culpables, redirigen la ira o la culpa, el rechazo o la admisión. Sandro Mezzarda¹⁵ ya hablaba de la frontera como método, funcionando como un continuo administrativo que atraviesa todos los ámbitos, la fronterización del mundo sobre la que prolongamos nuestros oasis de bienestar o sus infiernos económicos, bélicos, climáticos. Paradójicamente, ahora que estamos unidos por un mismo problema, nadie puede desplazarse, la nueva soberanía dispone de nuestras vidas. La gestión de las líneas imaginarias y de las poblaciones que las contienen ha supuesto una declaración pública de sacrificios, de inmunidades de grupo, de muertes previsibles de grupos vulnerables, despropósito sobre despropósito. Hay acciones que cambian civilizaciones y la exhibición pública del diferente valor de los cuerpos no anuncia un futuro mejor, a sabiendas de que las condiciones mínimas de vida digna van a peligrar de forma creciente en los tiempos que se avecinan.

Por lo menos, la pandemia por coronavirus ha conseguido subvertir momentáneamente el paradigma de la vulnerabilidad que apuntaba siempre hacia el Sur. Esta crisis ha servido para mostrar la debilidad de cualquier territorio y en aquellos Estados del Primer mundo en los que no existe la cobertura sanitaria mínima, como Estados Unidos, la intemperie se ha hecho mucho más evidente. Como ya hemos dicho, las medidas tomadas en unos y otros países han dado resultados variables pero la enormidad de las consecuencias invita a una reflexión conjunta, es decir, planetaria, en donde el papel de la Organización Mundial de la Salud sea importante siempre que vincule salud ecológica, salud social y salud individual. La inversión de la amenaza que de exterior pasa a volverse interior, activando los relatos de seres poseídos, y la vulnerabilidad desplazada del Sur al Norte facilitarán quizás la empatía con otros países. No obstante, siempre hay un Sur en el Norte, como parece demostrar la desigualdad entre las muertes de negros y latinos frente a la de caucásicos y las consecuencias políticas que el mantenimiento de tamañas desigualdades puede comportar en un mundo tan tensionado.

Ni siquiera la evidencia del nuestro planeta como único refugio (inexistente) nos ha llevado a una reestructuración de las prioridades planetarias porque en el pandemio cacofónico de opiniones y saberes, la indiferencia se instala, la inequidad se absorbe

¹⁵ Cfr. Mezzarda, S. y Neilson, B., *La frontera como método*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

y seguimos intentando encajar y encajarnos en las nuevas reglas del nuevo mundo. ¡Con qué potencia domina un poder que instituye la excepcionalidad haciéndonos permanentemente adaptables! Como bien indica Beck, la percepción del riesgo es una construcción colectiva más que una realidad objetiva, que unos u otros riesgos sean percibidos como tales por la opinión pública depende del contexto cultural y de los medios de comunicación empleados por los diferentes grupos que quieren generar una determinada conciencia. Eso nos hace pensar en qué medios podrían contribuir a modificar nuestras percepciones compartidas de lo que está prioritariamente en peligro y lo que sería una derivación de segundo grado. En España, la fábrica Nissan anuncia su cierre acarreado la desaparición de más de 3.000 empleos directos, lo que resulta evidentemente una pérdida y un daño. No obstante, la modificación urgente de los parámetros de movilidad y el agotamiento de los combustibles fósiles hacen que esta noticia ponga sobre la mesa si de lo que se trata es de salvar una industria automovilística para proteger el empleo o si habría que incentivar urgentemente otros horizontes laborales como, por ejemplo, empleos relacionados con los cuidados. Quizás no podamos intervenir en las medidas previsibles de los gobiernos ante la crisis económica inminente, pero sí podemos intervenir en los relatos que de ella se hagan.

¿Cómo repensar el mundo desde un escenario de crisis permanente y desde la disparidad de planteamientos? En estos tiempos del coronavirus han proliferado los relatos del fin del mundo que es una de las maneras que tenemos de protegernos del miedo, mediante la abstracción de la palabra, la categoría inicialmente preparatoria de la metáfora que acaba siendo sucedáneo de acción y por tanto, sinónimo de pasividad. Veamos pues cómo podemos movilizar afectos en vez de terror con relatos que nos ofrezcan pistas sobre otras maneras de acompañar el fin, el tiempo que nos quede en el planeta. Ha llegado la hora de generar otros relatos, pero no para acallar voces sino para resistir el impacto de lo que viene, un futuro sin nosotros y probablemente sin vida. Como dice Lars von Trier¹⁶, el fin de la vida en la Tierra es el fin de toda vida en el Universo y eso no nos debe entristecer. El momento en el que entendemos que estamos ante el fin inminente de la vida y ante nuestro propio fin nos propulsa hacia un pánico frío¹⁷, divididos entre el orgullo de conocer el destino cual dioses y la vergüenza de haber sido los causantes directos en último extremo. Cuando Marina Garcés¹⁸ habla del presente póstumo, ese tiempo verbal que estamos aprendiendo a declinar, se pregunta por qué aceptamos sin rechistar el fin de la humanidad, quizás de la vida toda sobre el planeta, y ahora más que nunca deberíamos plantearnos esta cuestión. ¿Cómo gestionamos ese duelo de otra manera a la que hemos usado para enfrentarnos siempre a la muerte, sino negándola? ¿Qué relatos nos contamos mientras tanto para mantener una apariencia de normalidad, una “nueva normalidad” como si pudiera ser posible mantener la apariencia por mucho más tiempo? ¿O necesitamos afrontar esta tarea dejándonos la piel en ello? Necesitamos reaprender a vivir y hacerlo posicionándonos, exponiéndonos al daño que nos puede acarrear la aceptación de nuestro duelo y actuando de forma más consecuente, todo ello lo contrario de refugiándonos¹⁹. Necesitamos estarnos próximos y pasar del poder a la

¹⁶ Lars von Trier, *Melancolía* (2011).

¹⁷ Cfr. Stengers, I., *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene*, Buenos Aires, Futuro anterior/Ned, 2017.

¹⁸ Cfr. Garcés, M., *Nueva Ilustración Radical*, Barcelona, Anagrama, 2017.

¹⁹ Cfr. Nancy, J-L., *L'équivalence des catastrophes (Après Fukushima)*, Paris, Galilée, 2012.

potencia del ser, necesitamos un laboratorio de imaginarios insurgentes en cada casa, en cada centro, en cada movimiento, para desocupar nuestro imaginario de miedos y violencias y abrirlo a unos nuevos posibles que respondan activamente a la pregunta de “Y usted, ¿al principio de qué quiere encontrarse?”²⁰.

En estos momentos en los que el confinamiento nos ha permitido un tiempo para reflexionar e intentar cambiar las inercias de pensamiento y funcionamiento, deberíamos batirnos por imponer otros criterios de progreso que no pongan a competir desarrollo económico y sostenibilidad ecológica, que no se basen en la sobreexplotación de los recursos naturales, ni en el consumo excesivo de todo tipo de materias y experiencias. Hemos llegado hace tiempo a un punto de no retorno y nos encontramos con que quizás la desobediencia civil sea la única respuesta responsable como propone Giles Clément²¹. El único progreso posible es hacia un planeta sostenible. Preguntémosnos cómo invertir el signo del progreso y convertirlo en una tarea de construcción conjunta para movilizar esas pasiones que pueden dejarnos helados, cegados o desesperados, pero también eufóricos. Erijamos refugios basados en derechos humanos, asistencia sanitaria, bancos de semillas, parques naturales, instalaciones biofílicas, construcciones colectivas; inventemos otros que permitan no ser prisión ni pérdida de derechos para aquellos que se acojan a ellos, refugios que no sean nuevas delimitaciones de fronteras, de grupos de incluidos y excluidos. Intentemos pensar la tierra entera como un común planetario y mantenernos expuestos en vez de refugiarnos en espacios ficticios que poco abrigo ofrecen. Abrámonos plenamente a nuestro destino colectivo.

Referencias bibliográficas

- Beck, U., *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Bennett, J., *Vibrant Matter : a Political Ecology of Things*, Durham, Duke University Press, 2010.
- Butler, J., *Precarious life. The power of mourning and violence*, Londres, Verso, 2004.
- Clément, Gilles, *Manifiesto del Tercer Paisaje*, Barcelona, GG Metalocus, 2007.
- Danowski, D. y Viveiros de Castro, E., *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*, Buenos Aires, Caja Negra, 2019.
- Despret, V., *Au bonheur des morts. Récits de ceux qui restent*, Paris, La Découverte, 2015.
- Fragio, A., *Estilos de razonamiento económico: una epistemología histórica de las ciencias económicas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana de México, 2020.
- Garcés, M., *Nueva Ilustración Radical*, Barcelona, Anagrama, 2017.
- Koselleck, R., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Latour, B., *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Barcelona, Siglo XXI, 2007.
- Latour, B., *Où atterrir? Comment s'orienter en politique*, Paris, La Découverte, 2017.
- Mazzucato, M., *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, Madrid, RBA libros, 2019.

²⁰ <https://ctxt.es/es/20200401/Politica/31797/economia-coronavirus-crisis-produccion-gestos-barrera-empresas-medioambiente-bruno-latour.htm>

²¹ Cfr. Clément, Gilles, *Manifiesto del Tercer Paisaje*, Barcelona, GG Metalocus, 2007.

- Mbembé, J.-A & Meintjes, Libby. (2003). "Necropolitics", *Public Culture*, Volumen 15 n.º 1, invierno 2003, pp. 11-40.
- Mezzarda, S. y Neilson, B., *La frontera como método*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.
- Moliner, M., *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1992.
- Nancy, J.-L., *L'équivalence des catastrophes (Après Fukushima)*, Paris, Galilée, 2012.
- Stengers, I., *En tiempos de catástrofes. Cómo resistir a la barbarie que viene*, Buenos Aires, Futuro anterior/Ned, 2017.
- Zaragoza Bernal, J., "El cambio climático y su incidencia en la salud: un reto que no podemos obviar", *Actuarios*, N.º. 46, 2020, págs. 28-32.